



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO I.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM 2.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 20 de Enero de 1878.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

GRAN CACERÍA REAL

dada á Felipe IV, en el coto de Doña Ana, por D. Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia (1).

El año de 624, á cinco de Febrero, tuvo aviso su Exce-

(1) *Elogio al Retrato del Excelentísimo Señor D. Manuel Alonso Perez*

lencia que Su Majestad bajaba á visitar las costas de Andalucía, y órden para que no saliese de sus Estados, y moderase en ellos las demostraciones que presumia de su

de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia, etc. Autor, Pedro Espinosa. Málaga, 1625.

voluntad. Mas como este gran señor nunca fué diferente de sí, y luego acude la mano á donde duele, sabiendo que el Rey había de venir á cazar al bosque de Doñana, mandó fabricar en su desierto una ciudad, digno hospedaje de aquella Majestad y corte. Grandeza, mientras más vista, menos creida: porque contra el aliento de su obediencia,



CAZA DE CHOCHAS Y BECACINAS.



conspiró el tiempo con tan pertinaz porfía, que escondió en agua los caminos. (Parecían los montes mares, y los mares montes.) Embargó las distancias; enloqueció al Océano. Hundió barcos y navíos, con que ató las manos á la misma diligencia, para conducir materiales de tan estúpida fábrica. Mas el ánimo del Duque, que no había menester otra cosa que dificultades, allanó cuanto impedían los plazos, las distancias y los elementos. Conquistó imposibles, pasando en infinitos barcos, en carretas de bueyes y en caballos (la mayor parte del camino á nado: ¡costoso trabajo! ¡trabajosa costa!), cuanto fué menester para poner miedo á las grandes ciudades de ser sobrepujadas, y con quien todo lo demás corrió peligro de ser ménos. De lo costoso se pasó la admiración á lo breve; de la presteza, á la abundancia; de la abundancia, al desperdicio: pues no hubo otro desorden sino sobrar todo. No pareció llevado, sino nacido. El desierto se halló ciudad; la ciudad, cielo, con que no quedó qué lograr á los ojos, ni qué pedir á los deseos. Duró el enfado del tiempo lo que bastó á mostrar el grandioso ánimo del Duque. Con todo eso, no subió por tan llano á lo sublime. Mayores dificultades venció (que como el gusto sea en esta vida un principio del mal que se apresura, y la vida, tela tejida de hilos contrarios). A los diez de Febrero amaneció tullido, sin movimiento en la pierna izquierda. Que no hay grandeza que escuse de las miserias de hombre. Y también los príncipes beben lágrimas y escupen sangre, aunque en bacía de oro. ¡Dichoso dolor, sin el cual quedara el mundo huérfano del sagrado ejemplo de su paciencia! También en las desdichas hay ventura. Creció la tempestad. El Rey venía á prisa; el tiempo era corto; el Duque estaba con pocos dineros y con muchos dolores; el Marqués su hijo, el Conde y la Duquesa, con poca salud; D. Melchor de Heriera, caballero mayor, enfermo de gota. Llegó también la nueva de la pérdida del pleito de los Espinosas. Al pasar la mar se ahogaban las carneradas y los bueyes. Llevóse el viento las tejas del palacio de Doñana; derribó las tiendas y barracas. Cayóse muerto un macho muy preciado del Duque. ¡Santo Dios! ¿qué triunfo es vencer á un rendido? Descubrió la desdicha lo que no pudo la felicidad. Abrió paso á sus virtudes. La prosperidad le examinó dichoso; la adversidad magnánimo. Quien no sabe trabajos ignora la una parte de la vida; y no saber sufrírselos, son los mayores. Perdióse en su grandeza su desgracia: que la rosa huele bien florida, y huele bien marchita. No embarazó la boca con querellas, ni ofendió las orejas con gemidos. Parecía que uno era el que obraba, y otro el que padecía. De todo se acordó, sino de sí mismo. Agradeciéndose que sus cuidados se olvidasen de sus dolores. ¿Cómo? A veinticuatro maestros de obras, con cuatrocientos hombres (desde la cama), trabajó en el bosque cuarenta y cinco días; á mil y seiscientas cabalgaduras de acarreo, y cuatrocientas de silla. Franqueó mesa (todo aquel tiempo) á todos los oficiales, y á cuantos condujo la curiosidad y la hambre. Envío por mayordomo del bosque á D. Bernardo de Morales y otros criados. Renovóse la casa de Doñana, que es muy capaz, y aderezáronse treinta aposentos de ricas tapicerías: hicieron de nuevo caballerizas para los caballos de Su Majestad, de trescientas plazas; cocheras para todos los coches; graneros para dos mil fanegas de cebada; pajares y guarnes de ciento y diez y seis varas de largo; dos cocinas arrimadas á la antigua, de ciento y veinte pies cada una; hornos para las masas; guardamangeles de ochenta varas, incorporados en el palacio del bosque. Dispúsose el aposento para el Duque y los señores que le acompañasen, en el hato que está cerca del palacio, en seis casas que allí tienen los vaqueros, que se aderezaron de costosas tapicerías, techos y paredes; y enfrente se labraron de nuevo otras caballerizas de ciento y cincuenta pesebres, guarnes, cocheras, pajares, graneros, cocinas y hornos, todos casi del mismo tamaño que se ha referido del cuartel de Su Majestad. Armáronse en estos dos sitios diez y seis tiendas, y las once que estaban en el de Su Majestad, muy capaces, los suelos entablados, ricamente adornadas de colgaduras y camas, sillas y bufetes. Y en el del Duque había cinco tiendas, la una muy grande, esterada para comer y asistir los señores. Hiciéronse más: veinte y dos barracas en ambas partes, con muchas camas para la gente que seguía á Su Majestad, criados y vasallos del Duque, de las cuales servían dos (una en cada cuartel) de albergue. La

de Su Majestad tenía setenta varas de largo y cuatro de ancho, mesas y bancas para comer, y recoger mil y quinientas personas; tenían dos gradas por la una y otra banda. La del cuartel del Duque tenía cincuenta varas de largo, cinco de ancho, con mesas y bancos en la misma conformidad, capaz para quinientas personas: puesto todo con tal orden que formaban vistosas calles.

Para estas obras se llevaron ocho mil tablas. Mil y quinientos pinos. Cien velas de navío. Sesenta mil clavos, sin mucha cantidad de materiales y pertrechos. Para el guardamangel de Su Majestad, y botillerías del Duque, ocho baules grandes de mantelería y servietas alemaniscas finas. Dos de ordinaria. Doscientos cuchillos de Bolduque. Cajas muy grandes de vidrios de Venecia y búcaros. Grandes cajones de loza de china fina. Seis cargas de la ordinaria. Setecientas fanegas de harina de flor. Ciento para los perros de Su Majestad y del Duque. Ochenta botas de vino añejo. Gran cantidad de vino de Lucena y bastardo. Diez botas de vinagre. Doscientos jamones de Rute, Aracena y Vizcaya. Cien tocinos. Cuatrocientas arrobas de aceite. Mil de agua del caño dorado de Sanlúcar. Trescientas arrobas de uvas, orejones, dátiles y otras frutas. Seiscientas arrobas de salmon, atun de ijada y pescado. Gran suma de arencones. Cincuenta arrobas de manteca de Flándes. Quinientas palmas de manteca de vacas, fresca, y ochocientas libras de la de puerco. Muchas orzas de leche de vacas. Trescientos quesos de Flándes. Cuatrocientos melones. Mil barriles y botijas de aceitunas. Cien arrobas de azúcar, sin otras ciento en pilones. Cincuenta arrobas de miel. Doscientas arrobas de cajas de conservas, cubiertos y almíbares. Ocho mil naranjas dulces y agrias. Tres mil limones agrios y dulces. Mucha especería de todo género. Cuatro mil bujías. Cuatro mil velones. Ochocientas hachas. Cien hachotes. Cien morteretes, todo de cera blanca. Quinientas hachas amarillas. Un balon de papel. Gran cantidad de obleas, cañones y hilo de cartas. Doce cargas de palmitos de Meca, de que gustó mucho Su Majestad. Ciento y cincuenta y cinco arrobas de cobre labrado. Mil y trescientas libras de hierro de Sevilla. Once mil velas de sebo. Seis árboles grandes de navíos, y sesenta berlingas para los fuegos. Treinta y ocho faroles para las tiendas y barracas. Trescientas cucharas. Diez carretadas de sal. Cajones grandes de lanzas para montar. Muchas libras de pólvora y munición. Setenta y cuatro bufetes para los aposentos y tiendas. Gran cantidad de sillas. Una sobremesa de damasco, de cuarenta y dos varas, con sus flecos de oro. Otras quince de tabí, de diferentes colores, con pasamanos de oro, para los bufetes de los aposentos. Otras tantas de raja de cochinilla, con flecos de oro, para los de las tiendas. Otras veinte de guadamecí, la una para veinte bufetes, otra para doce, y las demás de diferentes tamaños. Para la caballeriza de Su Majestad se enviaron doscientas y cincuenta carretadas de paja, mil y quinientas fanegas de cebada, veinticuatro de trigo, y diez de harina, con que regalar los caballos. Para la cocina se cortaron cuatro mil cargas de leña, y se trajeron cuatro mil arrobas de carbon. De la villa de Guelva se enviaron quinientos barriles de escabeches de lenguados, ostias y besugos, sin otros mil y novecientos que habían llevado de Sanlúcar de diferentes pescados regalados, y sin mil y cuatrocientos pastelones de lampreas, y gran número de empanadas que se fueron haciendo en el bosque. Previnieron todas las artes de pesquería que hay en la villa de Huelva, para que todo el pescado que pescasen se remitiese, el cual se traía desde la Torre de la Arenilla hasta las del Asperillo, y de allí al bosque, que son once leguas sin parar, con diferentes arrieros, y de esta suerte entraban cada día veinte cargas de pescado regalado, cada una de quince arrobas. Previnieronse todas jábegas, lavadas y artes de cazonales de Huelva y Almonte, para que estuviesen en el sitio de la Barrosa, una legua de las dichas casas, por si Su Majestad fuese servido de entretenerse algun rato viéndolas pescar, como lo hizo. Sirviendo en tanto para hacer mayor la prevención del pescado, enviando cada día otras ocho cargas al bosque, sin otras seis que se enviaban de las tartanas de Sanlúcar; con que se juntaban cada día en Doñana treinta y dos cargas de pescado, de casi quinientas arrobas por diez y seis días continuos, doce antes que llegase S. M., sirviendo sólo de afectar el desperdicio. Llegó á tanto el cuidado del Duque, que (por

si los temporales estorbasen la pesquería), previno barcos para que pescasen en el río, y se trajese el pescado por tierra. Traíanse cada día seis cargas de nieve de Ronda, en cuarenta y seis acémilas, repartidas en diferentes puestos, con que no paraba la nieve en ninguno. Mandó el Duque que toda la caza que se matase en veinte leguas la enviasen al bosque, y que no se matase ninguna en él, por no escarmentarla ni apurarla, para que Su Majestad estuviese más entretenido, ó por hacer mayor el gasto, no queriendo valerse de tanta como tenía en su tierra, y así de diferentes partes se enviaron á Doñana, en diez y seis días, quinientos y cincuenta cabritos, cuatrocientas perdices y conejos, mil gallinas, quinientos pollos, sin muchos capones y pavos cebados de leche. Del Condado y Sanlúcar llevaron doce mil huevos. Dos leguas de las casas se pusieron seiscientas cabras paridas, de que cada día se traían veinte arrobas de leche para natas y otros regalos. Llenáronse los guardamangeles de cardos y criadillas de tierra, y muchas hierbas, con que, es sin duda, que si se pintasen las diferencias de regalos que en ellas se juntaron, sería el más entretenido lienzo que se pudiera disponer la imaginación. Así empezaba el Duque á prevenirse y á ejecutar el disíno de su obra, con tanto cuidado, que á no estorbarlo la prisa con que Su Majestad llegó á Sevilla, fuera envidia de su población. En esta gran ciudad estuvo trece días, y miércoles doce de Marzo salió de ella á dormir á sus casas de Palacio; nueva para el Duque de tanto regocijo, que intentó levantarlo de la cama, pero los médicos y el sujeto desengañaron el ánimo, dejando burladas las esperanzas del mayor lucimiento, faltando todo en la persona del Duque. Escribió á Su Majestad el estado de su salud y el desconsuelo con que quedaba de no poder ir á besarle la mano, y con esta carta envió al Conde de Niebla, su hijo, acompañado del señor D. Alonso, su hermano, y el Marqués de Ayamonte, su primo, con todos los criados y vasallos que estaban prevenidos, y esta noche la pasaron en su alojamiento en el bosque. El día siguiente, trece, salieron los dichos señores, criados y vasallos del Duque, dispuestos en la forma siguiente. Delante de el coche, cuarenta y dos monteros de á pie y á caballo, y tiradores de vuelo, todos con libras de paño de Segovia, verde, calzon, capotillo y ropilla, forrado en tafetan naranjado; botones y guarnición del mismo color, cada uno con los instrumentos de su ministerio, y todos á caballo, guarnecidos los aderezos de seda verde sobre ante, y en esta orden daban principio dos trompetas con la dicha librea y aderezos de caballos, coletes, pretinas y tahelíes de ante, cairelados de seda verde, espadas doradas y banderillas de damasco, bordadas las armas del Duque; seguían diez tiradores de vuelo con el mismo traje, excepto que en lugar de las espadas llevaban cuchillos de monte en la pretina, dorados los cabos, bolsas de guarnición de ante. A los tiradores seguían veinte monteros de á caballo con lanzas, con la misma librea, coletes, tahelíes y pretinas de ante, aderezos de espada, daga, espuelas y clavazon dorada, botas de vaqueta, sombreros con toquillas de muchos cordoncillos naranjados, como los tiradores. Más diez monteros de á pie (que también iban á caballo) con la misma librea, polaina y montera, cuchillos, chifles y bolsas de guarnición como los tiradores. Y detrás de todos D. Diego de la Cueva y Aldana, gentilhombre de la cámara del Duque y alcaide del dicho bosque, muy galán, á caballo y con lanza. Detras y delante de los coches, iban veinticuatro lacayos con la librea del Duque, todos con fieltros. Seguía el coche de los señores en que iba el Conde, el Sr. D. Alonso y el Marqués de Ayamonte; á mula tras de los coches, don Melchor de Herrera y D. Miguel Paez Ponce de Leon, sus caballerizos mayores. Despues todos los pajes y ayudas de cámara, hasta en cantidad de setenta, con librea de raja fina de Ávila, color cabellada: el tafetan de los aforros rosado, botones rosados y plata, toquillas de lo mismo con mucha obra y muy curiosas, jubones de tela rosada y plata, ligas con puntas de plata, y medias rosadas; aderezo de espada, y espuelas plateadas; botas negras con cañones de grana, guarnecidos de plata y lantejuelas, y de la misma librea se vistieron ocho reposteros y cuatro cocheros con fieltros. Despues de toda la librea iba el segundo coche, y en él Pedro de Vallejo Cabañas, Secretario de Su Majestad, agente de los negocios en Madrid, y mayordomo de esta jornada, y otros caballeros, criados del

Duque. Detrás de este coche, todos los criados del Duque y mucho número de vasallos, los unos y los otros con muy galanes y costosos vestidos, todos á mula, con cojinetes y portamanteos leonados, que llegaron á número de quinientos, y para otro día tenían caballos para todos. Con esta orden caminaban, y á media legua de las casas del Palacio (donde llegaron como á las diez horas del día), salió á recibir á su sobrino en un coche el Conde de Olivares, acompañado del Marqués de Castel-Rodrigo, de el del Carpio y su hijo, y de el de Portalegre, todos de la cámara de Su Majestad y de D. Francisco Zapata, su caballerizo. A la vista salieron de él todos y del suyo el Conde de Niebla, su tío, y el Marqués, y habiéndose todos abrazado y hablado con muchas demostraciones de amor; el Conde de Olivares (dejando el coche del Rey, en que había venido), se pasó al del Conde de Niebla, tomando en él el lado izquierdo de la testera y reservando el derecho para su sobrino, que excusándose de ocuparlo, obligó á que le dijese, que pues traía orden de su padre el Duque de obedecerle en todo, lo hiciese en cosa tan justa, con que lo ocupó, y el lado derecho de los caballos, el señor D. Alonso, su tío, el izquierdo el de Castel-Rodrigo, y en los estribos el de Ayamonte y los demás señores. Caminó este coche siguiéndole en tropa la librea, y guiándole la gente de caza y montería. Después de éste iban el de Su Majestad y el segundo del Duque, y de los criados y vasallos. Habiendo caminado un cuarto de legua, pidió el Conde de Olivares los caballos que dejaba prevenidos, y trajéronlos de la caballeriza de Su Majestad para todos los que salieron con él y venían con el de Niebla: y en ellos (siguiendo á los Condes, los señores y todos los coches, criados y vasallos), atravesaron del camino que llevaban de Doñana al de Sevilla, y habiendo llegado á vista de las casas por donde se descubre mucha parte del campo llano, quiso el Conde de Olivares dar á entender cuán propia suya era esta demostración, encargándose de el cuidado que pudiera tener el Duque si allí se hallara. Puso por el camino, en primer lugar, los trompetas, después los pajes, á quien seguían los demás criados y vasallos, y á éstos los monteros y tiradores, todos de dos en dos, con muy buen orden y apartados los unos de los otros porque no causasen confusión, á que acudía el Conde de Olivares con tanta atención como pudiera al negocio más propio. Después iba el señor D. Alonso con el Marqués de Ayamonte y Marqués de Orani, que salió á aquel sitio, y los demás detrás. Los lacayos con el mismo orden. Y detrás de todos el Conde de Niebla, á su lado izquierdo el de Olivares, y el Marqués de Castel-Rodrigo al derecho, y en su lugar (como caballerizo mayor) el dicho Don Melchor.

En esta forma caminaron, guiándolos D. Fernando Verdugo, teniente de la Guardia Española; y S. M. y Alteza se pusieron á un balcon de las dichas casas que mira al campo, por donde venían; y habiendo llegado los primeros á la puerta, dió orden el Conde de Olivares que se apartase como iban, en dos hileras, y quedándose cada uno en su puesto (por medio de ambas), pasaron todos los dichos señores, lacayos y coches vacíos.

En el patio se apearon, y (acompañados de los demás que siguen á Su Majestad) subieron por la escalera que descansa en un corredor, del cual entraron en una sala, donde (arrimado á un bufete) estaba Su Majestad, y á su lado izquierdo el Duque del Infantado. Allí llegó el Conde de Niebla, acompañado de el de Olivares á besarle al Rey la mano y darle la carta de su padre, representándole el grandísimo sentimiento con que quedaba de que le hubiesen embarazado sus achaques en ocasión de tanta felicidad. Respondió Su Majestad con demostración de agradecimiento y gusto, diciéndole, que le había pesado de la indisposición del Duque, y se holgaba de conocer al Conde, que anduvo en aquesta acción muy bien; siguiéronle el señor D. Alonso, su tío, y el Marqués de Ayamonte; y habiendo concluido, volvieron á salir con los señores que le acompañaban al corredor; entrándose Su Majestad en su cuarto al lado derecho de la dicha sala, y el Conde y los demás señores se entraron después al cuarto del lado izquierdo, donde estaba el señor Infante, á quien también besaron la mano con el mismo orden, y después (acompañados del Conde de Olivares y del Duque del Infantado y los demás que llegaron hasta el coche) entraron en él el

Conde su tío y el Marqués, y con todo su acompañamiento se volvieron al bosque. El día siguiente quedaron de acuerdo, que los monteros de á pié del Duque hiciesen algunos conciertos de jabalíes, que pudiese Su Majestad correr pasando del bosque de Palacio al de Doñana; y por no hacer ruido ni causar embarazo, salió en esta misma conformidad. Viérnes (que fué á catorce) el Conde de Niebla, el señor D. Alonso, su tío, y el Marqués de Ayamonte, salieron á recibirle, llevando sólo consigo los monteros de á pié y á caballo, tiradores y perreros de la misma librea, con sus sabuesos y lebreles, y de respeto caballos en qué montar.

PEDRO ESPINOSA.

(Continuará en el próximo número.)

EPITAFIOS.

Á UN JABALÍ QUE MATÓ LA DUQUESA DE OSUNA, QUE FUÉ HERMOSÍSIMA SEÑORA.

Un jabalí yace aquí,
Muerto por una deidad;
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué sólo el jabalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Quede en la selva con vida;
Que éste murió de la herida,
Y de envidia los demás.

CELEBRA UN TIRO QUE LA MISMA DUQUESA HIZO Á UNOS GORRIONES.

Belisa á cinco tiró
Gorriones, y á cuatro dellos
Antes con sus ojos bellos
Que con el tiro mató.
El otro solo quedó,
Y luego se fué á un desierto,
Y sobre un peñasco yerto
Escribió el pico dorado:
«Aquí yace un desdichado
Que murió de no haber muerto.»

JUAN DE SALINAS.

CAZA DE CHOCHAS Y BECACINAS.

(Vease la lámina de la página 9.)

Estamos en pleno invierno, ó lo que es lo mismo, traducido al lenguaje de caza, en una de las épocas del año más á propósito para emprender las hostilidades contra becadas y becacinas.

Por fortuna son tan sordas que no pueden oír esta declaración de guerra. La sordera de la becada, ó de la chochaperdiz, como quiera llamársele, es una sordera tan profunda que á veces tiene el hombre que pisarlas para que se aperciban del peligro y emprendan la fuga.

Hablemos, pues, con entera libertad. Las espesas nieblas del otoño y los primeros vientos fríos del invierno, arrojan á las zancudas viajeras de las cumbres de las montañas, donde pasan el verano, y una á una, en parejas á lo más, pero nunca en bandadas, vienen á refugiarse en las llanuras húmedas y entre la maleza de los terrenos pantanosos. «Si queréis coger chochas, dice Chateaubriand en su poético estilo, buscadlas siempre entre los jarales salpicados por las gotas diamantinas de los riachuelos.»

La becada es un poco ménos del tamaño de la perdiz, y sus pardas plumas, llenas de manchas negras y de rayas de un color ferruginoso, sirven para emplear la única astucia que les permite su proverbial torpeza: la de confundir su cuerpo con los colores de la tierra.

No hay, no puede haber música más armoniosa á los oídos de un buen cazador que la voz, por bronca que sea, del mozo de la quinta ó del guarda campestre que va en su busca para decirle: «Señor, las chochas han llegado: ya las tenemos ahí.»

Y con el corazón palpitante, rebotando el pecho de alegría, llena la mente de sangrientas ilusiones, y bien

dispuesto, sobre todo para precaverse de la humedad en que ha de vivir medio sumergido algunas horas, va con su escopeta y sus perros ú turbar el trabajo incesante de las becadas, que sólo viajan durante la noche y que invierten el día en registrar con su largo pico las tierras recién aradas y las riberas de los arroyos, buscando los insectos y los gusanillos que les sirven de alimento.

Cuando la temperatura es algo templada se fijan en sitios llanos y descubiertos; pero si sucede lo contrario, se abrigan en los bosques y en el fondo de los plantíos. No huyen siempre delante del cazador emprendiendo el vuelo, como parecía natural, sino que corren con toda la ligereza que les consiente la gran elasticidad de sus patas, y favorecidas, como ántes hemos dicho, por el colorido de sus plumas, se ocultan de nuevo, siquiera sea momentáneamente, á los ojos de sus perseguidores. Las batidas, cuando su abundancia lo permite, para que sean fructuosas, requieren una gran algarabía de hombres y de perros: no hay que tener en cuenta la dirección del viento: se puede romper el fuego á voluntad, estrechar los círculos como convenga y colocar caprichosamente á los tiradores.

Las horas de la tarde son las mejores para cazar becadas. Son aves nocturnas y crepusculares por excelencia; sus órganos visuales, muy prominentes, se hallan dispuestos para concentrar los rayos de confusa luz que despiden la del crepúsculo vespertino, y así es que al declinar el día, cuando la naturaleza entra en calma y sólo se oye el ruido del viento entre los árboles y el de las hojas muertas que abandonan para siempre sus ramas; cuando comienzan á brillar las estrellas y la atmósfera está pura y serena, entónces, rápidas como saetas, emprenden el vuelo para principiar sus correrías nocturnas, y éste es el momento más propicio para los cazadores, ya vayan armados de escopetas, ya tiendan las redes á orilla de los pantanos con objeto de aprisionar á las aves entre las mallas de tan inesperada cárcel.

En el mes de Marzo empiezan para las chochas los primeros arrullos del amor: rara es la pareja que se queda en el llano: abandonan los bosques, su ordinario refugio, y volando de noche y descansando de día como acostumbra, se van con la fragancia de las primeras flores primaverales á buscar sus altas montañas, y allí en el paraje más recóndito fabrican su nido de hojas secas, generalmente contra el tronco de un árbol. Pone la hembra de cuatro á cinco huevos del tamaño de los de la paloma, y son de forma oval y de color gris con manchas parduscas. Dicen que una tortilla de huevos de chochas es un manjar exquisito. No lo hemos probado ni lo probaremos nunca sin renunciar ántes al honroso título de cazador.

La becacina agachadiza ó gallineta, de la misma especie, y más pequeña que la becada, se distingue de ésta por la parte inferior del tarso, que tiene desnuda, y por su forma más esbelta y elegante.

¿De qué se alimenta la becacina? Nadie lo sabe á punto fijo, ni el más sabio de los naturalistas tampoco. Quizás del jugo de la tierra ó del de las plantas: tal vez de caracótilos ó de gusanos imperceptibles. Es posible, dice Alejandro Dumas, que arroyos misteriosos que corren bajo los musgos formen pequeños estanques donde vayan á vivificarse las melancólicas avefrías y las preciosas becacinas.

Muy poco difiere ésta de la becada en sus costumbres y en su manera de ser. Sin embargo, no teme tanto á la luz del día, es más arisca, y en vez de buscar asilo en los bosques, dá evidente preferencia á las lagunas, á los arroyos y á los pantanos, lo cual hace que los cazadores caminen con agua hasta la rodilla, según reproduce fielmente nuestro grabado.

Gusta mucho la agachadiza de la proximidad de los árboles, pero no de ampararse bajo sus ramas. Elige, por el contrario, según hemos indicado, esos terrenos fangosos, cubiertos de maleza y de plantas acuáticas que los perros remueven sin piedad guiados por el tufo que exhala la gallineta, cuya carne no tiene atractivo ninguno para ellos.

El vuelo de la becacina es alto, rápido y sostenido, aunque algo irregular. Al remontarse en el espacio deja oír un silbido extraño ó una especie de balido lastimero, y por eso los pastores y las gentes del pueblo apasionados por la leyenda dan á la becacina el nombre de la *cabrita de San*

Juan, suponiendo que se quedó en la tierra y que busca por los aires al Bautista, sin poder encontrar las puertas del cielo.

Se caza la gallineta con escopeta ó con redes, como la becada, siendo los meses de Setiembre á Noviembre y de Febrero á Abril los más favorables para obtener gran abundancia de un ave que, después del faisán, es la más exquisita que se conoce en el mundo.

No debe el buen cazador apresurarse mucho á tirar las becacas, porque después de levantadas describen con el vuelo extraños semicírculos durante cuarenta ó cincuenta pasos, para caminar luego horizontalmente, y entonces es cuando llega el instante decisivo. Además se las puede también tirar de muy lejos, porque basta para que caigan que las toque un solo perdigon.

La becacina, lo mismo que la becada, nos abandona en la primavera para anidar en los picos de las montañas más altas, y como todas las aves de paso, vienen por el mar, lo cual se prueba con el hecho de que los cazadores del litoral del Océano y del Mediterráneo matan cien veces más ellos solos que todos los del interior juntos.

Pero ¿de dónde vienen?

De América no puede ser, porque las chochas de aquel país, las que se crían en las orillas del Ohio y del Misisisipi son apenas como codornices y nada tienen de común con la especie que se conoce en Europa, ni con las llamadas de *Java*. Lo cierto es que nada se sabe acerca de su misterioso punto de partida, y que un campo donde no se encontraba ni una sola de estas preciosas aves, se ve literalmente cubierto de ellas sin más intervalo que el de una noche sombría ó unas pocas horas de esas brumas que vienen siempre como triste y avanzado cortejo del otoño.

Los clasificadores ornitológicos llaman á la chocha *scolopax rusticola* y se extasián ante el bellísimo conjunto y los cambiantes de sus variadas plumas; pero los gastrónomos no los dejan en zaga, y llaman á la carne negra, dura y sabrosa de este ave, *bocado del Paraíso*.

Belon escribía á fines del pasado siglo: «la grasa de la becacina despierta el apetito dormido, y hasta aguila el mérito del buen vino. Así es que los inteligentes en bebidas comen esta carne para que les ayude en sus fallos y observaciones.»

La estimación en que se tiene á becas y becacas es universal y no reconoce límites.

Hace algun tiempo que un amigo nuestro tuvo la buena fortuna, después de fatigosa y estéril jornada, de matar una chocha magnífica, cuyo peso, sin ninguna exageración, excedía de dos libras.

Era un ave modelo, una pieza excepcional, una de esas piezas cuya posesión compensa todas las penalidades que pueda sufrir un cazador durante la mitad de su vida. Pero le salió al paso, no una buena cocinera que diera con su arte glorioso remate á la empresa, sino uno de esos gastrónomos á quien no tenía el gusto de conocer y que todo lo sacrifican ante los deleites del apetito. Las súplicas ablandaron al cazador, y el desconocido se llevó en triunfo la succulenta conquista.

Acción noble y generosa de que no se arrepentirá nuestro amigo, porque aunque no ha vuelto á ver á aquel buen señor, sabe, sin embargo, por personas íntimas de la casa, que es hombre rico, y que le deja un magnífico legado en su testamento.

C. T.

VÍCTOR MANUEL

INDULTANDO Á UN GAMO FUGITIVO EN EL MEDITERRÁNEO.

(Véase la lámina de la página 13.)

Dejemos á los periódicos políticos la difícil tarea de juzgar á Víctor Manuel, al bajar á la sepultura, ya como el autor del engrandecimiento de su reino y de la unidad italiana, ya como el usurpador de la grandeza y poderío temporales del Rey de Roma, vicario de Jesucristo. Allí se las hayan los hombres de Estado presagiando el fallo de la posteridad sobre el que alternativamente fué amigo ó enemigo de Garibaldi, y enemigo ó amigo del Papa, hasta el punto de haber sido excomulgado una vez, y penitente

las dos veces que se ha visto á las puertas de la muerte. Al fin murió como cristiano.

Nosotros vamos á ocuparnos solamente del Rey *galantuomo* como gran cazador, circunstancia que contribuyó mucho á la popularidad de que ha gozado durante su vida. Dado á los deleites y costumbres venatorios, compartía con los graves negocios de la gobernación y con los azares de la guerra el ejercicio de la venación, y con los discursos y tratados políticos, sus diálogos sobre la caza. Á veces salía de disertar en su despacho sobre los asuntos de Austria ó de Crimea, ó del Parlamento de leer su mensaje, y se dirigía á un círculo ó café á charlar entre cazadores del pueblo sobre el jabalí que había dejado herido el día antes en sus bosques Reales. Nada más fácil que ir los ministros á leer al Rey un despacho importante sobre cualquier cuestión grave europea, y tener que buscarlo disfrazado de cazador en los montes, ó modestamente vestido como un artesano disputando sobre cuestiones de caza en cualquier paraje público.

Bajo este punto de vista es como vamos á escribir un artículo de circunstancias, según suele decirse, exornado con el retrato y con una memorable cacería del augusto hijo de Carlos Alberto, que en estos instantes está honrando toda Italia con pomposos funerales. La preciosa lámina que damos en este número es el espejo fiel en que se contempla al Rey en uno de los días más dichosos de su vida, decretando un indulto, como cazador grandemente apasionado, en favor de un gamo digno de figurar en la historia de su entusiasta perseguidor y, por último, noble bienhechor. El rasgo es como de un Rey, aunque para sentirlo y practicarlo basta con ser amante de la caza, y sensible ante el espectáculo dulce y poético que tantas veces ofrecen los lances venatorios.

Nos encontramos en la llanura pantanosa que se extiende entre San Rossore y el mar, sitio frecuentado por Víctor Manuel por sus hermosos puntos de vista y la abundancia exuberante de su inagotable caza.

Acorralado un hermosísimo gamo por las traillas reales, desemboca despavorido en la llanura inmensa, apenas salpicada por algunos arbustos, abandonando la espesura del monte, en el que, por su desgracia, había tratado de hacer perder la pista á los perros, con mil astucias.

Pero en vano con su carrera rápida y vertiginosa, procura adelantarse á la jauría que lo persigue con encarnizamiento, aullando y saltando, llena de alegría por creer ya asegurada su rica y espléndida presa.

Al poco tiempo, y á pesar de los obstáculos que presenta el terreno, por todo extremo dificultoso, perros y cazadores se encontraron detrás del gamo, cuya pista no habían perdido, á cortísima distancia de la playa. Allí ya, cercado por todas partes, aturdido por las trompas que entonan el halalí, ese terrible y triunfal canto de guerra, próximo anuncio de que la fiera se halla cercana á ser vencida, y de los hurras de los caballeros, el pobre animal no escucha más que su heroica desesperación, y se arroja al mar, seguido por la trailla entera, que imita su valor, turbando con sus gritos de guerra las verdes y flotantes olas del Mediterráneo, quizás por primera vez teatro de una lucha de esta clase y de tal batalla.

Á quinientos pasos de la orilla dentro del agua, y obedeciendo los perros á las repetidas llamadas de los picadores, abandonan la presa y tornan á la playa.

Entonces da el gamo un largo rodeo, y extenuado de fatiga, vuelve á tierra á pocos pasos de distancia, después de un paseo marítimo de unos dos kilómetros.

Víctor Manuel, admirado del valor de que tan relevantes pruebas había dado la pobre bestia, le hizo gracia de la vida. Por su orden se ataron los perros, y mientras las trompas entonaban con el mayor entusiasmo el toque de retirada, el cortejo Real toma de nuevo el camino de San Rossore, encantado de la caza tan llena de emociones, y del desenlace con que había terminado, llevando en triunfo al noble y valiente gamo, al que á su vuelta á la playa, después de su excursión por el mar, abandonaron las fuerzas, y al dar algunos pasos se arrojó en la arena, en la que se apoderaron de él los guardias de la escolta, mientras que las fustas de los picadores contenían á la jauría.

El desgraciado animal estaba medio asfixiado por su larga inmersión en el mar, un poco picada, y sus miem-

bro entumecidos apenas podían sostenerle. Sin embargo, á favor de los cuidados que se le prodigaron por mandato del Rey, al cabo de algunos minutos se encontraba en estado de volver al monte.

En aquella misma temporada de caza, que fué la de 1869 al 70, y en las posesiones Reales de la provincia de Pisa, del antiguo reino de Toscana, se mataron en las cacerías Reales, entre los montes de San Rossore, Coltano y Tombolo, 53 jabalíes, 250 gamos, 98 liebres, 519 faisanes, 176 chochas, 741 becacas, 505 palomas, 453 aves acuáticas, 428 aves diversas, 70 animales dañinos y 231 aves de rapiña.

A. T.—V. C.

LA PESCA DE LA TRUCHA.

(Véase la lámina de la página 16.)

La trucha es un pescado que pertenece á la familia de los salmonoides, confundida en un principio con los salmones por los naturalistas, familia que comprende no pocas especies esparcidas en las aguas dulces de las diversas regiones del globo.

La trucha goza de cierta analogía con el salmón, con el que genéricamente se afilia por la mayor parte de los autores, pues apenas difiere de él por algunos caracteres poco importantes, como, en efecto, puede verse por la pieza principal del vómer, hueso de las fosas nasales, que está guarnecido en ambos pescados por una fila ó dos de dientes y por su opérculo, desprovisto de estrías, y de corte recto hacia atrás. Las especies, poco numerosas, de este género, ó por mejor decir, de este subgénero, habitan, sobre todo, el centro y el norte de Europa, encontrándose igualmente en América septentrional, y casi en todos los sitios en que abundan las aguas claras, y presentando, según la edad y los países, diferencias bastante marcadas para hacer creer en la existencia de distintas especies, donde no existen más que sencillas variedades.

La trucha común, tipo del género, se distingue á primera vista de sus congéneres, por su cuerpo poco prolongado, bastante alto, comprimido lateralmente y apretado en los costados, y enteramente cubierto de escamas oblongas y estrías separadas. Su cabeza es muy gruesa; grandes los ojos; la boca ancha y obtusa; tres ó cuatro dientes vomerianos formando una fila transversal en la pieza anterior, y dispuesta en dos series en toda la longitud del cuerpo del hueso; el opérculo largo y generalmente estrecho, sobre todo en la parte superior, presentando diferencias muy notables individualmente. Sus colores, muy variables también, hacen casi generalmente su vista muy agradable al pasar del verde oliva de las partes superiores al amarillento de sus costados, mientras que las partes inferiores son de un hermoso amarillo claro y brillante; las primeras, manchadas de negro, y las segundas, de rojo anaranjado; la aleta caudal es amarilla, terrosa y negra en sus extremidades.

Entre las pescas conocidas, una de las que presenta mayores atractivos al aficionado es, sin contradicción, la de la trucha, y sea el que quiera el método que se emplee en ella, el resultado mantendrá siempre el fuego sagrado entre los pescadores, haciendo adeptos hasta entre los indiferentes más recalcitrantes, y los más sistemáticamente decididos á burlarse de aquellos que, con la caña de pescar en la mano y el zurron en la espalda, desafían valerosamente el qué dirán.

Es tan conocida la trucha, las regiones que habita tan variadas, bajo latitudes tan diversas, que se la puede considerar como cosmopolita.

Sin embargo, sus gustos, sus cualidades especiales, hasta sus costumbres son tan opuestas, según los climas, la frescura de las aguas, su rapidez, las rocas en que reposan, la profundidad en que habitan, que su pesca ofrece las mayores y más encontradas peripecias que pudieran apetecerse.

Por regla general, el peso de la trucha está en razón directa de la temperatura de las aguas; siendo rarísimo, en los grandes ríos, en los lagos de las tierras bajas, en los remansos, en los torrentes de las montañas, sobre todo si se alimentan con el agua de las nieves ó de los ventisqueros, que la trucha pase de quince á veinte centímetros;



VÍCTOR MANUEL INDULTANDO Á UN GAMO FUGITIVO EN EL MEDITERRÁNEO.



pero esta falta queda suplida con creces por la finura y delicadeza de su carne, el color rosado que encanta la vista, por la tersura de su piel de brillantes colores que permite separarla de un golpe sin la menor dificultad ni esfuerzo; mientras que la trucha de las aguas templadas, y sobre todo la de los lagos, tiene comunmente la carne más floja, menos sabrosa, los colores y medias tintas de la piel menos vivos y brillantes, hasta algunas, como hemos tenido ocasion de observar, apenas señaladas las manchas rosadas en su fondo blanquecino; de modo que un apasionado, por poco inteligente que sea, no dudará ni un momento en preferir las pequeñas.

Muchas son las maneras de pescar la trucha, casi todas de felices resultados, hasta algunas en demasía, y que están prohibidas con justísimas y por demas atendibles razones. De algunas vamos á ocuparnos, pero ante todas vamos á hablar de aquella en que se emplea el sedal, la única, en nuestra opinion, que debe usar un verdadero pescador.

No vaya á creerse por lo antedicho que tratamos de censurar los métodos que cada país emplea; nada de eso, pues la costumbre y la rutina entran por mucho en la pesca, y no debe censurarse demasiado la rutina, pues en la mayor parte de los casos, innovar no es, en puridad, otra cosa, que perder el tiempo.

Lo mismo que en la caza la eleccion de las armas es de una gran importancia, sucede con la pesca, en que la eleccion del sedal pide una gran atencion y cuidado. El bambú, ó simplemente la caña, debe ser de primera cualidad, es decir, ligera, delgada, y al mismo tiempo resistente, y tan flexible, que no se rompa nunca. Si los diversos trozos de que se compone la caña están separados unos de otros por una gran distancia, sería bueno sostener la fuerza del bambú encolando con cola fuerte una cinta de un ancho de dos ó tres dedos al rededor de cada nudo, procurando, á mayor abundamiento, que los anillos entre los cuales debe pasar el hilo del sedal arrollado en la rosca, estén dispuestos de modo que pase con facilidad y no se enreden, como puede verse en nuestro grabado. Preparada, pues, el arma de este modo, sólo se trata ya de cargarla; y éste es el punto en que ningun pescador está de acuerdo; porque todos aprueban y rechazan con entusiasmo el cebo que emplea el compañero, como sucede en Inglaterra, país en el que se cuentan más aficionados á esta pesca, y en el que se usan cajas de pescar preparadas de antemano, tan grandes y voluminosas como los botiquines de los cirujanos, llenas de moscas artificiales de varias clases y gruesos; las unas para la pesca de mañana de tal á cual hora, las otras para la de la tarde, empezando á las cinco menos un cuarto hasta las seis en punto, ni un segundo más ni menos: éstas, recomendadísimas para los días nebulosos; aquéllas, incomparables un poco ántes que estalle la tempestad.

Á nuestro parecer, este asunto no merece llevarse hasta ese extremo, sin embargo de que se puede á todo evento rellenarse los bolsillos de esos juguetes, que todos tienen, ó por lo menos la mayor parte, un gran defecto, que se estropean al contacto del agua.

La pluma se moja fácilmente, y una mariposa artísticamente trabajada, brillante de vida mientras está en la caja, al usarla se transforma en una oruga miserable y sucia sin atractivos para la trucha, que es muy delicada, aunque voraz. Si se reemplaza la pluma por la crin, como hemos tenido muchas veces ocasion de ver, se tropieza con otro inconveniente: la mosca no se transforma y estropea, es verdad, pero ya no es una mosca, sino un zángano, una avispa, un erizo armado de dardos y puntas, tan difíciles de tragar como un caballo de Frisa, y que abandona el pescado tan pronto como lo ha cogido.

Los pescadores de truchas tienen su mosca artificial, y cual todos, nosotros poseemos la nuestra; y como una larga experiencia nos ha probado su valía, vamos á presentársela á nuestros lectores, por si gustan servirse de ella.

Con una hoja de cortaplumas ó de otro instrumento muy cortante, se levanta ligeramente la superficie córnea de una espina de puerco-espin. Con un pedazo de vidrio roto se raspa en sentido interno hasta que quede muy delgada, flexible y trasparente; de este modo se llegan á obtener unas laminillas de un negro brillante, casi diáfanas,

y muy elásticas, que se plegan sin resistencia, que pueden permanecer en el agua mucho tiempo sin estropearse, y volver á tomar su posicion primitiva sin exigir cuidado alguno. Ahora bien, estas laminillas se cortan con tijeras dándoles la forma de alas de moscas, y se las ata al anzuelo, absolutamente lo mismo que se hace con la pluma ó la crin.

Con estos anzuelos arreglados de este modo hemos pescado dias enteros, á todas las horas del dia, estaciones diferentes y en varios países, y siempre con éxito, porque la mosca ordinaria, tan bien imitada como acabamos de decir, existe en todas las latitudes, vuela por mañana y tarde, y por consecuencia es la que el pescado conoce mejor, por la razon de que es más comun.

Armados ya de este modo, no basta aún, porque es preciso conocer el terreno y sitios que frecuenta el pescado: si la corriente del agua es rápida ó torrencial, de inclinada pendiente, cortada por rocas, porque en los remansos está la trucha en acecho del alimento que pasa ó de la flor que cae al agua; si el tiempo está caluroso, el sol brillante, la mosca causará poco efecto, porque la trucha estará á la sombra bajo las rocas, troncos de árboles inclinados cuyas raíces y ramas se bañan en las puras y claras ondas; si tempestuoso, aprovechaos pronto, porque la trucha está entonces furiosa, y no sólo salta sobre todo lo que flota sobre el agua, sino que se sale de ella para atrapar las moscas y mariposas que vuelan pesada y lentamente.

En todo tiempo debe escogerse el lado de la sombra y andar sin hacer ruido, sin dejarse ver mucho, y cuando arrojéis el sedal haciendo sonar el bambú, tened mucho cuidado con dos cosas: las ramas y las rocas que están á vuestra espalda, pues las moscas artificiales se enredarían ó estropearían al chocar con ellas.

En la primavera las truchas se mantienen á lo largo de los ribazos, casi á flor de agua, en los sitios en que las rocas, las plantas ó los árboles proyectan su sombra más espesa; en el verano prefieren el centro de los rios en los sitios en que el agua está más tranquila y profunda.

En muchos sitios los habitantes de las cercanías de los rios, durante el estío, se divierten en pescar truchas sumergiéndose en ellos. De este modo exploran los ribazos y las piedras; pero es una diversion peligrosa, y que con frecuencia causa alguna víctima.

Hay otro medio de tener truchas sin correr tantos peligros y con poco gasto, con lazo, aunque su uso no es muy recomendable para un verdadero aficionado.

La trucha posee una inmensa fuerza de propulsion; sube fácilmente las mayores corrientes, salta de roca en roca al traves de las caídas de agua más rápidas: si no ha calculado bien el salto y cae, principia de nuevo sin desanimarse, y alcanza casi siempre sus deseos; sólo que es, por regla general, por los costados de las caídas de agua ó diques, los sitios en que ensaya sus saltos, porque el agua presenta menos peso, y por consecuencia menos resistencia; así es que en estos sitios es donde deben colocarse los lazos, lazos que, estamos seguros, al poco tiempo contendrán no pocas piezas de este hermoso y sabrosísimo pescado. Pero no es preferible á esta pesca, que nos permitimos llamar traidora, el combate noble y descubierto de la caña?

Los aficionados, no lo dudamos, contestarán con nosotros que sí.

V. C.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

JAMON DE JABALÍ.

Después de haber dejado macerar la carne de jabalí que se desee conservar, tres dias consecutivos, ni uno más ni menos, se corta el jamon en varios trozos de un grueso regular, y se sazonan con pimienta y sal, colocándolos después con mucho cuidado en una salmuera bien concentrada, con pimienta en grano, enebro, tomillo, salvia, laurel y pedazos grandes de cebolla.

De este modo se deja la carne durante cuatro dias, teniendo cuidado de volver los pedazos, para que tomen la salazon con igualdad, cada seis ó siete horas.

Pasados aquéllos, se la saca de la salmuera, se enjuga,

y se la envuelve en una servilleta que se cose por los extremos, y se la pone, con la salmuera por supuesto, en una caldera. Para un jamon mediano se añade el siguiente condimento: seis zanahorias, otras tantas cebollas de alelís picadas, tres hojas de laurel, echando después, según el gusto de cada cual, una buena cantidad de vino blanco, siempre que sea lo suficiente para que el jamon se bañe en él por completo.

Preparado de este modo, se cuece á un buen fuego durante unas seis horas.

Después de haber dejado enfriar el condimento, se saca la carne, se la despoja de su envoltura, y es el mejor almuerzo de caza que pudiera desearse, por su perfume y buen gusto.

ÁNADE ASADO.

Se le pone en una cacerola con sal, pimienta gorda, y dos cucharadas de aceite, medio vaso de vino añejo y algunas gotas de zumo de limon.

El fuego debe ser lento, pero continuo.

Después de tener cuidado de volverle con frecuencia para que el color dorado que toma sea igual, á la media hora estará dispuesto para servirlo.

Es un bocado succulento y de los más apetitosos.

MERO Á LA PROVENZAL.

Limpio el pescado, se le hacen algunos cortes y se le pone en una salsa marinera compuesta de zumo de limon, sal, pimienta, cebolletas y laurel.

De este modo se le deja por dos horas.

Pasado este tiempo, se frie.

Al presentarlo en la mesa se le rodea de aceitunas sin hueso, y se le echa una salsa de anchoas.

GACETILLAS.

TIRO DE PICHON DE LA CASA DE CAMPO.—Á la sesion del dia 4 de este mes concurrieron solamente los señores don Antonio Soriano y D. Scipion Morillo, tirando dos piñas: la primera de tres palomas, matándolas aquél todas, á 28 metros, y matando éste dos de las tres, á 26 metros. En la segunda piña, de una paloma, la mató el primero, errándola el segundo.

En la sesion del dia 8 tiraron la primera piña, á su distancia, de diez palomas, los señores Marqués de Peñaflor y D. José Argáiz, matando éste cuatro de ocho, y aquél dos de nueve.

En la segunda piña tomaron parte seis tiradores. El señor don Alberto Carton mató siete de nueve, luchando con D. José Argáiz, que mató seis de nueve, y con el Marqués de la Mina, que mató cuatro de seis.

La tercera piña la ganó el Sr. D. José Argáiz, que mató las cinco palomas.

La cuarta piña la ganó el Sr. D. Eduardo Anspach, por haber matado las cuatro palomas.

En la cuarta piña mató el Sr. D. Alberto Carton tres palomas de cuatro, luchando contra el Duque de Tamames, que solamente mató dos de cuatro; habiendo tomado parte en estas piñas, ademas de los citados, los señores don Scipion Morillo y Duque de Huéscar.

En la sesion del dia 11 tiraron la primer piña de cinco palomas el Conde de Gomar, matando siete de ocho, y el Vizconde de la Villa de Miranda, matando seis de ocho.

La segunda piña de cinco palomas, á 26 metros, fué disputada entre cinco tiradores, matando el Sr. D. Joaquín de Goróstegui cuatro de seis, el Conde de Gomar tres de seis, y el Vizconde de la Villa de Miranda dos de cinco.

La tercera piña, tirada en las mismas condiciones que la anterior, dió por resultado que el Conde de Gomar matara diez palomas de doce, el Sr. D. Fernando Soriano nueve de doce, y el Marqués de Camposagrado seis de nueve.

La cuarta piña, á la misma distancia de 26 metros y de tres palomas, la disputaron nueve tiradores, matándolas el Sr. D. Eduardo Anspach todas tres.

La quinta piña, jugada del mismo modo, fué para el Duque de Tamames, que mató cinco de cinco, mientras que el Sr. D. Eduardo Anspach mató cuatro de cinco, y el Sr. D. Fernando Soriano mató tres de cuatro.

La sexta piña de una paloma la disputaron siete tiradores, cada cual á su distancia, partiéndola los señores don Fernando Soriano y D. José Pereira, por haber matado cada uno cinco palomas de cinco tiros.

La séptima piña constaba de una paloma, y se tiró

avanzando por seis tiradores, habiendo matado el Marqués de Camposagrado tres de tres tiros, dos de tres el señor don José Pereira, y dos de tres el Conde de Gomar.

Además de los señores citados tomaron parte en estas piñas los señores D. Scipion Morillo y D. Francisco Serrano.

TIRO DE PALOMAS DEL RETIRO.—El día 6 del corriente se tiraron aquí á *pacto y broma* 42 cercetas entre seis tiradores, matándose solamente 29.

El día 13 han tirado cercetas y ánades de la Albufera de Valencia.

FIESTAS REALES.—Con motivo del casamiento de S. M. el Rey con su prima la infanta Mercedes, se están preparando fiestas Reales en todos los pueblos de la Monarquía. Como que algunas de ellas han de estar comprendidas en los recreos del *Sport*, darémos á su tiempo su descripción, á lo ménos en lo que tengan de más digno y curioso. ¡Lástima que habiendo en las principales ciudades de España ricas y bien organizadas sociedades de caza, no se hayan ideado fiestas venatorias, especialmente en Madrid, donde podría invitarse á las Reales Personas á celebrar alguna magnífica y suntuosa montería, para que no sean un mero recuerdo histórico la que dió D. Juan II en los montes del Pardo, hacia el año 1434, al Duque de Bretaña, embajador del Rey de Francia; la que ofrecieron los Reyes Católicos después de la conquista de Almería en 1489 al Zagal, rey de Granada, y al príncipe Cid Hiaya, su primo, y la dedicada en 1624 á Felipe IV por el Duque de Medina Sidonia en el coto de Doña Ana, por no recordar otras que irémos dando á conocer á nuestros lectores.

LA Balsa de Boyton.—Según las últimas noticias, el célebre nadador, capitán Boyton, parece que se propone hacer algunos experimentos públicos en el Sena sobre su aparato de caoutchouc, que hincha él mismo soplando en los tubos de aire, preparados con tuercas obturadoras.

La balsa que usa el capitán se arma en medio del agua por medio de maderos y de tablas que él mismo transporta. Una vez en el agua M. Boyton, fuma en su pipa, lee un periódico; acostado sobre el agua, caza animales acuáticos; tira á derecha y á izquierda, con tanto aplomo y seguridad como en tierra firme, y carga su arma sin experimentar el menor embarazo, y, además, pesca. A continuación de todos estos ejercicios come, sin que falten á su mesa platos, cuchillos, tenedores, cuyos objetos están colocados en un cofrecito situado junto á la balsa. El capitán dará á conocer igualmente al público el modo de destruir un navío con un torpedo.

Este singular navegante debió partir el sábado pasado de Orleans, proponiéndose descender el Loira hasta Nantes.

Un joven americano es el único que le acompaña en sus interesantes experimentos acuáticos.

UN ANDARIN.—Anúnciase para el mes de Mayo próximo la llegada á París del más grande de los corredores conocidos hasta ahora, Guillermo Gale, de Cardiff (condado de Gales).

En veintisiete días, diez y ocho horas y cuarenta minutos, acaba de recorrer, no durmiendo más que dos horas por la noche, una distancia de 400 leguas.

PESQUERÍA DE MARRUECOS.—Va á darse cumplimiento al art. 8.º de nuestro tratado de paz con Marruecos, entrando España en posesión de Santa Cruz de mar pequeña, en cuyo territorio se fundará una factoría de pesca.

Santa Cruz de mar pequeña es el nombre que los europeos dan á las ruinas de una torre que en 1429 pertenecía á la corona de España, y que en 1524 arrasaron los moros: está situada al Sur de Cabo Nun, en la desembocadura del río Asaca, y en el paso de las grandes bandas de pescado que periódicamente viajan de Sur á Norte.

Merced al establecimiento de esta pesquería, las islas Canarias harán á la de Terranova ruda competencia, pues podrán pescar en un banco de 250 leguas, al paso que el de Terranova tiene sólo 150, y no tendrán que luchar con numerosos rivales, con las nieblas y los terribles hielos; tendrán cerca los mercados de salida, y en los gastos economizarán muchísimo.

Aquellos de nuestros lectores que quieran enterarse á fondo de este interesante asunto, encontrarán curiosos pormenores y datos de la mayor exactitud en el libro de Monsieur Berthelot, titulado *De la pêche sur la côte occidentale de l'Afrique*.

Para reconocer dicho terreno y preparar su cesión á España en breve, saldrá de Mogador una Comisión hispano-marroquí, compuesta por nuestra parte de D. José Alvarez Perez, cónsul de la nación en Mogador y comisionado español; D. Antonio Orfila, segundo intérprete; don Cesáreo Fernandez Duro, capitán de navío, encargado de hacer estudios hidrográficos; el coropel de ingenieros, Sr. Climant, á cuyo cargo estará la medición del

terreno, levantamiento de planos, etc., y algunos empleados subalternos.

La Comisión marroquí se compone del comisionado, que lo es el taleb (letrado) Sidi Omar Ben Amara, un comandante y dos alféreces del ejército del Sultan.

MODO DE CONSERVAR LA CAZA.—Siendo el carbon uno de los mejores desinfectantes, se le emplea introduciendo pequeños trozos en el vientre de la caza después de haberse vaciado éste.

El tomillo, la salvia, el espliego, el ajeno, el laurel y todas las plantas odoríferas son buenas para apartar á los moscardones negros é impedir que depositen sus huevos en la caza. Algunos recomiendan el helecho fresco y la ortiga; pero su eficacia, según nos ha aconsejado la experiencia varias veces, no es tan activa y eficaz como la de las plantas precedentes.

Las heridas frescas y recientes pueden lavarse con algunas gotas de aguardiente mezclado con agua salada.

Estos preservativos se recomiendan, sobre todo, contra la corrupción.

De este modo se conserva la caza durante muchos días, hasta en los más calurosos del verano, especialmente si se tiene cuidado de envolverla con un paño mojado en partes iguales de ácido piroleñoso y agua pura.

Se puede aún más conservarla colocando las liebres, los conejos, las perdices, etc., etc., enteros, en toneles llenos de trigo, avena, cebada ó mijo, de modo que queden cubiertos unos 6 á 7 centímetros, y sin tocar ni al fondo ni á las paredes del barril.

HISTORIA DE «LA ILUSTRACION VENATORIA».—Como acta del nacimiento de este periódico, y para aprovechar la ocasión de dar á la prensa española que con estas ó parecidas palabras ha acogido nuestra publicación, trasladamos lo que dijo un diario de Madrid del día 21 del mes pasado:

«Ayer tuvimos el gusto de asistir al delicado almuerzo de caza que ofreció á sus amigos y antiguos compañeros de la prensa el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, uno de los que más galanamente cultivan las letras españolas, y al mismo tiempo de los que más se consagran al estudio del arte venatorio.

«El objeto de tan agradable almuerzo era el de solemnizar en familia, si nos es permitida esta palabra, la publicación de un periódico de caza y pesca, de *sport* y recreo campestre, que con el oportuno título de LA ILUSTRACION VENATORIA trata de dar á luz nuestro distinguido amigo Sr. Gutierrez de la Vega. Era, pues, consiguiente que el expresado almuerzo tuviese un carácter análogo al objeto, y así es que el salón donde tuvo lugar se hallaba convenientemente decorado con armas y trofeos de caza, y todo cuanto á este noble ejercicio se refiere.

«Una vez reunidos todos los comensales en una sala preparada al efecto del café de Fornos, se sirvió el almuerzo, cuyo *menu* presentamos á continuación:

«Ostras.—Ordures.—Salmon: salsa Chambord.—Filetes de perdices á la flamenca.—Civet de liebre á la cazadora.—Pierna de venado á la polonesa.—Chochas asadas á la broche.—Cabeza de jabalí trufada.—Tarta de águila real.—Postres.

«VINOS.—Jerez.—La Tours Blanche.—Chateau Margaux.—Chateau Lafite.—Champagne frappé.

«Después se sirvió café, licores y tabaco.

«Excusado es decir que durante el almuerzo reinó la mayor cordialidad y alegría, siendo los invitados á él, el Excelentísimo Sr. Conde de Valmaseda, Excmo. Sr. Don Lorenzo Milans del Bosch, Excmo. Sr. D. Ignacio José Escobar, Excmo. Sr. D. Carlos Sedano, Excmo. Sr. Conde de la Romera, Excmo. Sr. Barón de Córtes, Excelentísimo Sr. D. Antonio Rivera, Excmo. Sr. Conde de Peracamps, Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset y Artime, señor don Enrique Perez Escrich, Sr. D. Juan P. Camps de Padrós, Sr. D. Eduardo Mier y Sr. D. Vicente Cuenca.

«El Sr. Gutierrez de la Vega, después de expresarse en el escogido lenguaje que en él es espontáneo, entregó á todos los señores presentes prospectos de LA ILUSTRACION VENATORIA, los cuales, por la belleza de sus grabados, tendrán que llamar extraordinariamente la atención del público. Brindóse por la prosperidad del nuevo periódico, que de antemano tiene asegurado su porvenir entre todas las personas de buen gusto, terminando aquella agradable reunión á eso de las tres de la tarde.

«Por nuestra parte, y al poner fin á esta breve reseña, damos á nuestro distinguido amigo y compañero en la prensa Sr. Gutierrez de la Vega la más cumplida enhorabuena, pues es seguro que LA ILUSTRACION VENATORIA, bajo su inteligente dirección, será no solamente uno de los primeros periódicos literarios, sino de completa necesidad social, como acontece en Francia y en Inglaterra con publicaciones de esta índole.»

PESCA DE LA FOCA.—Según escriben de Glasgow, los

catorce barcos de Dundee que habían ido á la pesca del buey marino, han pescado, tanto en Terranova como en los otros puntos de pesca, 80.130 focas, que han producido 1.129 toneladas de aceite, cuyo valor asciende á 1.410.000 francos.

Este resultado es superior en 710.000 francos al de 1876, y equivale á una mitad más de aumento de producto.

La misma flota ha cogido 81 ballenas, que han dado un producto de 978 toneladas de aceite y 44 y cuartillo toneladas de huesos.

El producto total de la pesca del buey marino y de la ballena está evaluado en 3.611.750 toneladas, lo que da, por término medio, para cada barco, la cantidad de 257.975 francos.

Los resultados obtenidos este año han obligado á tomar la resolución á la compañía de Dundee, para la pesca del buey marino y de la ballena, de enviar más barcos en 1878.

EL ÁRBOL DE LA LLUVIA.—La Naturaleza presenta algunas veces fenómenos extraordinarios.

Se trata de un árbol que existe en los bosques que rodean la ciudad de Marjamba (Estados-Unidos).

Este árbol se llama por los naturales *Tamascapi*, ó *árbol de la lluvia*, de unos 18 metros de altura cuando llega á su desarrollo completo; la base de su tronco mide un metro. Absorbe y condensa con gran poder toda la humedad de la atmósfera, y se ve sin cesar caer el agua en forma de lluvia de todas sus ramas, y esto con tanta abundancia, que el suelo que le rodea se transforma en un verdadero pantano.

PESCA DEL ESTURION.—La concesión de la pesca del esturion, en las embocaduras de los ríos persas, en el mar Caspio, concesión acordada hace algunos años por el Shah á M. Leonaroff, de Astracán, acaba de renovarse en el precio de 532.000 francos por año.

El concesionario emplea 1.100 hombres durante la estación para la pesca, que principia en Diciembre y termina en Marzo.

En su establecimiento de Sezdood, en la costa, se ha construido un muelle de madera que se adelanta en el mar y sobre el cual se desembarcan los pescados por millares de las barcas pescadoras.

Estos pescados pasan uno á uno por una larga fila de hombres sentados y armados de cuchillos, para abrirles el vientre y extraer los huevos, que se ponen en salazón inmediatamente, y cuya operación se efectúa con infinitas precauciones. Después se ponen los huevos en toneles, y se transportan á Astracán, desde cuyo punto se reparten en todas direcciones por el comercio europeo.

Los huevos del esturion, tan apreciados por los italianos, se preparan del mismo modo en Sezdood.

Esta pesca en los ríos persas rinde al Erario una suma que no baja de dos millones de francos al año.

CAZA ARISTOCRÁTICA.—El domingo 6 del actual se efectuó una gran cacería en el parque de Apremant.

Entre los catorce cazadores se contaban el Duque de Aumale, el Príncipe de Joinville, el Conde de París, el Duque de Chartres, el Duque de Penthievre, el Duque de Ayen, el Duque de la Trémoille, el Marqués de Lau, el Barón Rothschild y M. M. O'Connor.

Se mataron 815 piezas en la forma siguiente: 714 faisanes, 80 conejos, 18 liebres y 3 cervatillos.

UN PERRO LEAL.—Un perro de la especie llamada *bouledogne* ha tenido un rasgo digno de lo que hemos dicho de este animal.

Enfermo su amo, mientras duró su enfermedad no se pudo lanzar al perro del cuarto. Acurrucado junto á la cama, permanecía horas enteras sin separar los ojos de su amo, rehusando toda clase de alimentos.

Cuando se sacó el cadáver para llevarlo al cementerio, siguió cabizbajo el convoy fúnebre, y después de una gran resistencia apenas se le pudo arrancar de la fosa.

Al siguiente día el perro, víctima de su fidelidad, fué hallado muerto sobre la sepultura de su amo.

CARRERAS DE CABALLOS.—Las sumas ganadas en Inglaterra en las carreras de caballos, durante el año que acaba de terminar, por los propietarios más acomodados, son las siguientes:

Lord Falmouth, 34.681 libras esterlinas; Conde de Lagrange, 12.681; Lord Lonsdale, 12.096; Lord Harrington, 10.200; M. Houldsworth, 9.782; M. Gretton, 7.760; M. Pulteney, 7.271; Duque de Westminster, 6.180; Lord Rosebery, 6.135; M. Peck, 5.750; M. Vyner, 4.944; M. T. Jennings, 4.855; Duque de Hamilton, 4.801; M. Mitchell-Innes, 4.180.

REACLIMATACION DE LOS CASTORES EN EUROPA.—Sabido es que los castores han desaparecido casi por completo de Europa. Los que todavía quedan á lo largo del Ró-

dano, del Danubio y del Weser, viven solitarios en sus madrigueras, huyendo de la vecindad de los hombres, que les impide construir diques y cabañas como sus congéneres de la América del Norte.

Recientemente, el Marqués de Bute, uno de los propietarios más ricos de la Gran Bretaña, admirador apasionado de estos interesantes animales, ha emprendido su reaclimatación en Escocia y obtenido de ella resultados muy notables, según dice *The Daily Telegraph*, periódico de Londres.

Cerca de Rotheray, en medio de la selva de Mount-Stuart, ha hecho plantar de árboles y rodear de muros un espacio muy considerable, é instalado en él varios castores procedentes del Canadá. Un arroyo que desciende de la montaña atraviesa este parque improvisado.

Abandonados á sí propios los castores de lord Bute, han cambiado completamente el aspecto de su arroyo, construyendo á través de él tres diques ó esclusas con ayuda de gruesas ramas, troncos de árboles, tierra y piedras. Estos diques han formado una especie de estanque, que se mantiene siempre al mismo nivel, y cerca de la orilla se elevan las cabañas ó casetas de aquellos animales, edificadas uniformemente sobre una estaca gruesa, con dos puertas de casa, la una para ir á tierra y la otra para echarse al agua.

La forma de estas cabañas es redonda y semejante á la de un gran nido de golondrina vuelto del revés. Están sólidamente construidas, y revestidas, así en el interior como en el exterior, de una especie de estuco que las hace impenetrables á la lluvia.

Los materiales empleados por los castores de Mount-Stuart para la edificación de sus habitaciones son maderas ligeras, con especialidad alisos y sauces, cuyos árboles asieran ellos mismos y derriban con una destreza que ha causado siempre la admiración de los naturalistas.

Es de observar que cuando los castores atacan un árbol, no abandonan la tarea hasta tenerlo abatido y despedazado: cortan en redondo, á un pie próximamente por cima del suelo; trabajan sentados, y además de la ventaja que les da esa posición cómoda, tienen la de estar de continuo royendo la corteza del árbol, que es su alimento predilecto. Son tan diestros, que hacen caer siempre los árboles del lado que les place, apoyando para ello los pies delanteros algo más arriba del sitio donde han hecho la cortadura. Así que el árbol está en tierra, cortan las ramas de la copa, y construyen empalizadas que tienen por objeto retener el agua y debilitar su esfuerzo.

Los castores del Marqués de Bute se han multiplicado

muy rápidamente. Al principio no había más que dos parejas, las cuales estuvieron confiadas durante algunos meses al Jardín Zoológico de Londres; ahora se eleva su número á cerca de ciento. Son de natural tímido: al menor ruido que advierte cualquiera de ellos, se avisan unos á otros agitando ruidosamente con la cola el agua del estanque; cada uno toma entónces el partido que mejor se aviene con su miedo, y ó van á refugiarse en las casetas, ó se alejan nadando por el lago.

El ensayo emprendido por el Marqués de Bute es ciertamente de gran interés, y parece que se continuará en mayor escala.

ACLIMATACION DE LAS FOCAS.—Según los experimentos hechos recientemente por una compañía americana, es posible que la aclimatación de las focas en agua dulce, que

prueba, teniendo una temperatura baja, puedan ser para este animal un elemento á propósito para que vivan y se reproduzcan.

Si se puede conseguir esto, será un gran triunfo para la aclimatación práctica, porque el transporte de un animal de agua salada á agua dulce va generalmente acompañado de un gran cambio en sus costumbres, desarrollo, etc., etc.

La experiencia de diversas sociedades zoológicas parece indicar que la foca vive á lo ménos en agua dulce.

En el Lago Superior hay abundante pescado; sin embargo, habrá que tener en cuenta si la introducción de animales piscívoros en un espacio tan limitado como un lago, podrá entorpecer la pesca en sus orillas.

Las focas y las númeras son terribles devastadores del pescado, y el número de estos últimos debería ser muy grande, si el valor de estos animales pudiera compensar la pérdida del alimento que presta el pescado que resultaría inevitablemente del aumento excesivo de las focas.

Sin embargo, estas dificultades, que pudieran llamarse preliminares, los autores del proyecto no dudan en vencerlas.

La gran cadena de los Lagos de América marca el límite entre los Estados-Unidos y el Canadá, y si la introducción de las focas debe tener un éxito satisfactorio, es preciso que en los dos países se publicará una ley de protección mutua para prohibir la destrucción de las focas durante muchos años. Parece que ya se han dado los primeros pasos, y es de esperar que en un período de protección de veinte años, en el cual sería ilegal turbarla ó destruirla de alguna manera, los nuevos habitantes de los grandes mares interiores de agua dulce se establecerán con gran provecho del comercio de pieles.

LA CARNE DE CHOCHA.—La chocha es uno de los manjares más delicados. Sin embargo, es preciso hacer una distinción entre la chocha de monte y la de los terrenos húmedos. La primera, que se encuentra en las espesuras más cerradas del monte, tiene una gran superioridad sobre la segunda, que se exporta generalmente de Holanda, y que conserva un gusto cenagoso.

Los verdaderos gastrónomos no se engañan nunca bajo este punto de vista. Preguntadles cuál prefieren, si el pastel de perdiz, de liebre ó de chocha, y todos, sin excepción, os contestarán que el pastel de chocha del monte es el más delicado y sabroso.

EXTINCION DE LOS CORZOS EN CHANTILLY.—En los hermosos bosques de Chantilly se ha emprendido la tarea de cazar los corzos con el propósito de desencastarlos.



LA PESCA DE LA TRUCHA.

hasta ahora parecía de una solución difícil, pueda llevarse á cabo.

La especie de foca más preciada, la foca peluda (*Callorhinus ursinus*) de Alaska es la variedad escogida para el experimento, y es de esperar que las aguas del Lago Mayor de América, que es el sitio que se ha escogido para la

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA

DE

GUTIERREZ DE LA VEGA.

Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.

La Biblioteca Venatoria se publica en tomos en 8.º español, á unas cinco pesetas por término medio cada uno, ó poco más ó ménos, según la extensión de la obra y el grueso del volumen; precio módico, porque van compuestos con caracteres nuevos elzevirianos, preciosas viñetas, letras de adornos, y estampados en hermoso papel de hilo con portadas á dos tintas; es decir, con todo el esmero que requieren estas imitaciones del buen gusto antiguo.

Se ha publicado el *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, establecido el texto primitivo sobre los dos Códices del Escorial; el famoso y antiquísimo manuscrito de la Cartuja de Sevilla, propiedad hoy de S. M. el Rey; la copia del diligente Palomares, consultando esos códices, y las numerosas anotaciones de los eruditos Llaguno y Amirola y Cerdá y Rico al libro de Argote de Molina, todos ellos trabajos inéditos y de grande estimación.

El *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, de que se trata y que lleva además un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega, consta de dos gruesos tomos, que han valido por suscripción á 6 pesetas cada uno en Madrid y á 7 pesetas en provincias.

Al mismo precio podrán adquirirlas todavía los nuevos suscritores.

Fuera de suscripción se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid y 60 en provincias.

El volumen III de la Biblioteca Venatoria está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Casa*, del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de las Aves de Caza*, de Pero López de Ayala.

Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.

REDACCION Y ADMINISTRACION de la Biblioteca Venatoria y de la ILUSTRACION VENATORIA: Calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

PERRO ALANO.—En la villa de San Vicente (Badajoz) se vende un hermoso cachorro alano, de una de las mejores razas, de edad de 15 meses, que ya ha mordido jabalíes, y cuya gran corpulencia le hace pesar cuatro arrobas. El que lo quiera puede dirigirse al conserje del Casino de dicha Villa.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Calle del Duque de Osuna, n.º 3.